



María Martínez

**Tú
y otros
desastres
naturales**

María Martínez
Tú y otros desastres naturales

1

La carta

Los libros son como la vida, y es que, al igual que esta, todos ellos encierran secretos. Son como cofres que esconden tesoros y verdades ocultas, esperando a que alguien los abra para lanzar al aire sus misterios. Palabras esculpidas en un mundo de ficción, talladas en un corazón real.

Siempre he creído que los libros son pequeños confesionarios en los que el escritor deposita sus confidencias más íntimas. Su modo de contarle al mundo aquello que ilumina u oscurece su alma. Su forma de liberarse de las muchas cargas que un ser humano puede acumular a lo largo del tiempo. Relatos de amor, culpa, deseo y otros muchos sentimientos se enroscan en las hojas con la necesidad de contar aquello que de otra manera no podrían. Notas a pie de página visibles solo para los que saben mirar con los ojos cerrados.

Esa creencia me ha llevado a leer cada historia con cierto grado de curiosidad indebida, entre suposiciones y sensaciones que me susurran si esa escena será una verdad escondida en un cuento con sabor expiatorio, real e imposible al mismo tiempo.

Los libros poseen un poder extraño, aunque no todo el

mundo sabe apreciarlo. Durante un tiempo vivimos en ellos y más tarde ellos viven en nosotros. Una simbiosis perfecta entre obra y lector que nos beneficia mutuamente en nuestro desarrollo vital.

Los libros son porciones de felicidad, incluso los más tristes o los más aterradores pueden prestarte recuerdos que dibujarán una sonrisa en tu rostro. Los libros son tardes de invierno frente a una chimenea; mañanas de primavera en un parque; vacaciones de verano en una playa; paseos en otoño haciendo crujir las hojas secas bajo los pies.

Además, huelen bien. ¡Qué demonios, es el mejor olor del mundo! Por eso no entiendo cómo las grandes perfumerías aún no han intentado explotar sus posibilidades de mercado. Qué amante de la lectura tradicional no querría un suavizante para ropa con fragancia a libro nuevo. Una loción con notas a tinta y papel reciclado. Un ambientador con aroma a texto antiguo. Esencia de primera edición. Desodorante con olor a biblioteca...

Sería maravilloso poder apreciar esos matices en todo momento, sin tener que hundir la nariz en una encuadernación y que no parezca que estás esnifando cualquier sustancia extraña.

Los libros siempre han sido mi refugio, los brazos en los que me escondía cuando todo iba mal. Sacar uno de la estantería, levantar la tapa y pasear la vista por la primera página, se asemeja a la emoción placentera de una bocanada de aire fresco después de una eternidad sin poder respirar. Son un antídoto contra la tristeza, la preocupación, el miedo, hasta para un corazón roto. Me atrevería a decir que lo curan todo si das con el texto adecuado.

Sin embargo, ni siquiera esa primera página pudo insuflarme el aire que necesitaban mis pulmones cuando me mentía a mí misma creyendo que sería fácil tomar una decisión; y eso que era la primera página del último libro de Alice Hoffman, una de mis autoras favoritas. Ni ella pudo resca-

tarme de la miríada de pensamientos confusos y molestos en los que me encontraba sumida desde hacía días.

Dejé la novela en la mesa donde se colocaban las novedades y arrastré los pies hasta la butaca que ocupaba la esquina de la sección infantil. Me desplomé sobre ella con un suspiro, bajo el tenue resplandor naranja de una lámpara de pie de cristal emplomado. Ese era mi rincón favorito de toda la librería. Me sentaba allí cuando era tan pequeña que mis pies no alcanzaban el suelo. Lo cierto es que esa librería era mi lugar favorito de todo el mundo. Prácticamente había crecido en ella.

Mi abuela la había comprado cuarenta años atrás, después de que su marido, mi abuelo, la abandonara en Montreal para ir a Yukón a buscar oro. Nunca más volvió a saber de él.

Invirtió el dinero de una pequeña herencia en un bajo húmedo que se caía a pedazos y lo transformó en el lugar más mágico de Le Plateau. Al principio no fue fácil, sobre todo con una niña pequeña a la que educar, mi madre, pero logró salir adelante y construyó un futuro para las dos entre aquellas paredes repletas de cuentos, novelas y manuales.

La llamó Shining Waters. Sí, como el famoso lago que aparece en los libros de L. M. Montgomery sobre Ana Shirley. *Ana de las Tejas Verdes* siempre fue su libro favorito; y el de mi madre; y también el mío. Mi madre me enseñó a leer en sus páginas y me hizo el regalo más maravilloso que nadie me ha hecho jamás, un amor desmedido por la lectura y el deseo secreto de escribir algún día si lograba reunir el valor suficiente para intentarlo.

La echo de menos.

Las echo de menos a las dos.

—Aunque la leas mil veces, no cambiará lo que dice.

Alcé la vista y encontré a Frances mirándome desde el mostrador. Estaba rodeada de facturas y libros de contabilidad. Hizo un gesto con la mano y mis ojos descendieron has-

ta la carta que, sin saber cómo, había salido de mi bolsillo y de nuevo se encontraba entre mis dedos.

—Lo sé, pero es que sigo sin entender por qué lo ha hecho. Ella sabía mejor que nadie que mi vida está en Toronto. Volver aquí no es una opción. —Resoplé, hundiéndome un poco más en la butaca—. Lo que me pide no es justo.

—No te pide nada, Harper. Te ha legado lo más valioso que poseía y te da la opción de elegir qué hacer con ese regalo.

—¿Y por qué a mí? ¿Por qué no te la ha dejado a ti? Es lo más lógico.

—Porque Sophia me conocía y sabía que lo único que me ataba a esta ciudad era ella. Lo habíamos hablado muchas veces, Harper, sobre todo en los últimos meses. Si ella se iba la primera, yo regresaría a Winnipeg. Allí viven mi hermana y mis sobrinos. Son la única familia que me queda.

Pasé los dedos por la superficie rugosa del papel.

—Creía que yo era tu familia —dije en voz baja.

Frances salió de detrás del mostrador y se acercó a mí. No fui capaz de mirarla hasta que noté su mano sobre la mía, deteniendo su movimiento errático. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios, triste y temblorosa. Recordé que yo no era la única que estaba sufriendo.

Había compartido su vida con mi abuela durante las últimas tres décadas. Se habían conocido cuando solo eran unas niñas y desde ese instante se habían vuelto inseparables. Crecieron y continuaron la una al lado de la otra, apoyándose en todo. Mi abuela se casó y Frances estuvo allí. También cuando nació mi madre. Y más tarde, cuando mi abuelo la abandonó, continuó a su lado. Hasta que un día esa amistad se transformó en amor.

O quizá siempre se habían amado y no habían tenido el valor necesario para admitirlo.

—Por supuesto que eres mi familia. Te quiero, Harper, pero mi lugar ya no está aquí. Hay demasiados recuerdos.

Me mordí el labio, intentando contener las lágrimas. Había pasado una semana desde el funeral. Tres días desde la lectura del testamento en la que se me entregó una carta que había dejado para mí; y aún me costaba creer que no volvería a verla nunca más.

Me sentía muy triste y enfadada con ella. Me había ocultado durante meses que un linfoma iba a consumir su vida en poco tiempo. Nos lo había ocultado a todos. Y aunque podía entender sus motivos, me dolía demasiado ese silencio.

No me dio la oportunidad de despedirme. Ni de decirle una vez más lo mucho que la quería y cuánto le agradecía todo lo que había hecho por mí. Fue la única que me ayudó a conservar el recuerdo de mi madre, a conocerla con el tiempo porque yo era demasiado pequeña cuando tuvo que dejarnos. Fue la única que no la olvidó y que no se olvidó de mí.

Apreté la mano de Frances y le devolví la sonrisa. Sus ojos marrones se posaron sobre mis ojos azules y vi a través de ellos su corazón roto. No podía derrumbarme delante de ella.

—Te amaba, Frances.

—Lo sé, y yo a ella.

—¿Cuándo piensas marcharte?

—En un par de semanas, quizá tres. Lo que tarde en actualizar las cuentas, los pagos y los registros. Sophia era un desastre con esas cosas. —Me dio una palmadita en la rodilla—. Lo dejaré todo bien organizado para que puedas desenvolverte sin ningún problema.

—No sé si voy a quedarme.

Se puso de pie con un suspiro y regresó al mostrador atestado de papeles.

—También he hablado con el señor Norris, el abogado de tu abuela. Te ayudará si decides vender.

Vender. Esa palabra me secaba la boca y me encogía el

estómago, porque desprenderse de lo que uno considera su hogar va contra natura. Pero qué otra cosa podía hacer. «Quedarte», dijo una voz dentro de mi cabeza. La ignoré. Doblé la carta y la guardé.

Sonó mi teléfono móvil. Probablemente sería mi hermana para recordarme, otra vez, que habíamos quedado esa noche. Hayley era perfeccionista y una maniática del control y la puntualidad. Todo lo opuesto a mí. Así somos las mentes creativas, desorganizadas por naturaleza. O eso solía decirme a mí misma para no admitir que era un desastre absoluto.

Saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón y le eché un vistazo a la pantalla. Se me puso la piel de gallina y todo mi cuerpo se tensó con una sacudida. Continuó sonando en mi mano, que temblaba como si de un momento a otro fuese a recibir una descarga mortal de aquel aparato.

—¿No vas a cogerlo? —me preguntó Frances.

La miré y negué muy rápido.

—Es papá.

Aguardó unos segundos, observando mi cara de horror.

—¿No quieres saber para qué te llama?

Me puse de pie y devolví el teléfono al bolsillo. Todos tenemos nuestras complejidades, nuestras debilidades y nuestras excentricidades. Ignorar las llamadas de mi padre formaba parte de las mías.

—Sé para qué me llama. Para lo mismo de anoche y de ayer por la mañana. Y de antes de ayer. —Me acerqué al mostrador y apoyé los codos en la madera, frente a la caja registradora. Era una antigualla, como todo lo demás, y por ese motivo me encantaba—. Quiere que venda la casa, la librería, y que deje mi vida en Toronto. También que abandone la universidad, las prácticas en la editorial y que acepte un trabajo en su empresa. Eso es lo que quiere, un collar muy corto alrededor de mi cuello. Y no entiendo por qué, la verdad, cuando no me soporta. Nunca lo ha hecho.

Frances metió un taco de facturas en una caja y después escribió una nota en la tapa.

—¿Se lo has preguntado alguna vez?

—¿Qué?

—¿Por qué no te soporta?

—No —respondí cohibida.

Lo había intentado, de verdad que sí, pero en el último momento se me atascaban las palabras. Me daba miedo que tuviera una respuesta. Una que pudiera justificar por qué había sido siempre tan duro y frío conmigo. Solo conmigo.

De pequeña pensaba que, quizá, había roto o perdido algo a lo que él tenía aprecio, por lo que pasaba horas enteras intentando hacer memoria, recorriendo la casa en busca de algún detalle que me diera una pista de mi error y así arreglarlo. Después llegué a la conclusión de que era culpa de mi pelo rubio y ondulado, porque el suyo era negro y liso, al igual que el de mis hermanos. Imaginé que no le gustaban las personas diferentes, así que me lo corté con unas tijeras de jardín y lo oscurecí con cera de zapatos. Se enfadó tanto que quiso enviarme a un colegio para chicas en Ottawa. Por suerte, mi abuela lo impidió. Más adelante, al crecer, supuse que el problema residía en mis capacidades. No era lo suficientemente inteligente, ni guapa, ni educada, ni fuerte... No sabía hacer nada bien.

Frances tomó aire con brusquedad antes de hablar.

—Cariño, eres una mujer adulta. Tienes veintidós años y hace cuatro que vives tu propia vida. Debes dejar de tenerle tanto miedo.

—Yo no le tengo... —Frances me dirigió una mirada tan penetrante que aborté mi penoso intento de mentirle. Me conocía demasiado bien—. Es que es más fácil cuando estoy lejos y no tengo que verle.

—Pero estás aquí y mañana tendrás que verle sí o sí. No contestar a sus llamadas puede que no sea lo más inteligente ni lo más maduro por tu parte.

Me incliné hasta apoyar la frente sobre la madera. La miré de reojo y esboqué mi sonrisa más inocente.

—No tengo por qué verle si finjo que estoy enferma.

Como era de esperar, Frances puso el grito en el cielo.

—¡Tu hermana se casa mañana! ¡No puedes hacerle algo así a Hayley!

—Lo sé, lo sé, lo sé... Es una idea estúpida —me apresuré a decir, pero eso no cambiaba que lo hubiera pensado en serio.

Me miró con escepticismo, si bien su expresión se tornó comprensiva un segundo después.

—Tu padre no puede obligarte a hacer nada que no quieras, Harper.

—Nolan Weston nunca acepta un no por respuesta y siempre encuentra el modo de salirse con la suya. Puede que tarde, pero siempre lo consigue.

—Puede que esta vez no.

Sonreí porque quería creerla, pero una barrera de ansiedad y desasosiego empezaba a aislarme de cualquier pensamiento lógico, mientras que la inseguridad se iba apoderando de todo mi espacio vital solo con pensar que volvería a encontrarme con él al día siguiente. Tres días en una semana, todo un récord que superaba con creces las veces que habíamos coincidido en lo que iba de año. En resumen, ninguna.

Entraron un par de clientes y Frances se apresuró a atenderlos. Yo regresé a la butaca, donde había dejado la carta de mi abuela. La cogí con intención de guardarla en su sobre, pero de nuevo acabé perdida en unas palabras que me sabía de memoria.

Harper:

Si estás leyendo esto, ya sabes cuál es mi voluntad.

Ahora mismo debes de sentirte muy confusa, y también enfadada, pero tienes que entender que no podía decírtelo. Lo habrías

abandonado todo para venir conmigo y no podía permitir que hicieras ese sacrificio.

Te quiero demasiado para dejar que veas a esta vieja apagarse.

También pienso que uno tiene derecho a decidir cómo vivir sus últimos días y eso estoy haciendo, vivirlos sin remordimientos. Así es como quiero irme, libre, sin ser una carga. Puede parecer egoísta, pero es el acto más desinteresado que he hecho jamás.

Un día lo entenderás y sé que me perdonarás.

Te debes de estar haciendo muchas preguntas. ¿Por qué te lo he dejado todo a ti? ¿Por qué no a tus hermanos? La respuesta es sencilla. Ellos son diferentes, siempre han tenido intereses más prácticos, y si algo no es rentable...

Mi casa y la librería es todo cuanto poseo. No valen nada, pero contienen toda una vida de recuerdos y momentos. De sueños.

Sé que has luchado mucho para llegar a donde has llegado. También sé que crees tener la vida que siempre has deseado. Pero cuando te miro aún veo a esa pequeña que prefería ordenar libros en las estanterías en lugar de jugar con otros niños. Que disfrutaba recomendando lecturas y soñaba con escribir algún día sus propias historias. Aún la reconozco en ti y veo el brillo y el deseo de entonces en tus ojos. Por eso quiero darte la oportunidad de recuperar esa ilusión.

Quédate con la librería y en ella vive tu sueño de escribir.

¿Para qué vas a trabajar publicando los libros de otras personas cuando puedes mostrarle al mundo tus propias historias? Tienes talento, siempre lo has tenido. No debes tener miedo a los sueños, porque sin ellos gran parte de lo que somos perdería su sentido.

No obstante, si me equivoco, entenderé que vuelvas a Toronto y que recuperes tu vida allí. Si tomas esa decisión, conservar la librería no te será posible. Entonces busca a alguien que sepa apreciarla de verdad, por favor.

Siento si esta vieja te ha complicado la vida con su último deseo. Podría excusarme culpando a la edad o a todos esos horribles calmantes que necesito tomar, pero te estaría mintiendo.

Quiero creer que no te estoy legando una carga, sino libertad.

*Harper, me siento tan orgullosa de ti y de la mujer en la que te
has convertido, que me voy tranquila a encontrarme con tu madre.
Siempre cuidaremos de ti.
Y sé siempre tú misma. Así eres perfecta.*

SOPHIA

Torcí el gesto con un puchero. Notaba un dolor agudo en el pecho que no parecía tener fin.

Sentí la mano de Frances en mi espalda y su aroma a caramelo envolviéndome. De golpe, el peso de los últimos días cayó sobre mí y me eché a llorar.

—Desahógate, no pasa nada por demostrar que duele.

Su voz fue tan dulce, tan propia de ella, que no pude detener mi llanto.

Hipé y me volví para mirarla.

—Es que mamá me dejó. Ahora se ha ido la abuela y tú quieres marcharte a Winnipeg. ¿Qué clase de nombre es Winnipeg? —le reproché, pese a que sabía que estaba siendo injusta con ella.

Me secó un par de lágrimas y me miró durante largo rato. Deslizó las manos por mi pelo, desde la raíz hasta las puntas, peinándolo con los dedos con tanta ternura que se me escapó un sollozo ahogado.

—Estarás bien, Harper. Eres más fuerte de lo que crees. Si no estuviera segura de eso, no me marcharía. Además, esto no es un adiós. —Me sonrió y yo traté de devolverle el gesto—. Acudiré siempre que me necesites.

Me abrazó y yo intenté no ahogarme en la certeza de lo mucho que iba a echarla de menos. Siempre había estado allí para mí. Cada vez que yo regresaba a la ciudad y entraba en aquel espacio, la sonrisa de Frances me recibía con la calidez y la dulzura de un chocolate caliente en un día frío.

Me dejé mimar por su arrullo, hasta que la puerta se abrió de repente y la tienda se llenó con el suave tintineo de las campanillas que pendían por encima de ella.